



FRANKLIN MIESES BURGOS

CLIMA DE
ETERNIDAD
Y OTROS POEMARIOS



«Tuve la suerte de conocer a Franklin Mieses Burgos en una tertulia de “personas mayores”, que tenía asiento en la casa del licenciado Manuel Amiama, abogado, periodista, profesor universitario. A esas reuniones, inolvidables para mí, asistía Juan Francisco Sánchez, catedrático de la Facultad de Filosofía en la Universidad de Santo Domingo, y también otros “viejos inteligentísimos...”

»[...] conocí las ocurrencias y la risa contagiosa de Mieses Burgos. Como he dicho, yo era entonces un joven rodeado de viejos por todas partes. Paradójicamente, el único viejo que no era profesor fue quien me enseñó lo más importante sobre la vida y la literatura. Presté siempre mucha atención a cuanto decía o argumentaba Mieses Burgos...

«Este poeta para todos los tiempos es también capaz de penetrar en la sensibilidad de jóvenes y viejos, con escolaridad o sin ella. El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, patrocinador de la publicación de esta selección de sus versos, hace bien en poner a disposición de los maestros los maravillosos textos del poeta Mieses Burgos».

Federico Henríquez Grateriaux

Franklin Mieses Burgos es uno de los más apreciados poetas dominicanos del siglo XX. Nació en Santo Domingo el 4 de diciembre de 1907 y falleció el 11 de diciembre de 1976.

Fue una figura destacada del movimiento literario La Poesía Sorprendida. A Mieses Burgos se le considera como uno de los mejores y más influyentes poetas del país y de América latina.

CLIMA
DE ETERNIDAD
Y OTROS POEMARIOS

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE III. POESÍA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DE DIRECTORES

Miembros Ex Officio

Ángel Hernández Castillo Ministro de Educación, Presidente

Francisco Germán De Óleo Ramírez Viceministro de Acreditación y Certificación Docente del Ministerio de Educación / Representante Permanente del Ministro de Educación ante la Junta de Directores

Ancell Scheker Viceministra de Servicios Técnicos y Pedagógicos, Ministerio de Educación

Leonidas Germán Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Sixto Gabín Representante de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Nurys del Carmen González Rectora, Secretaria

Miembros Intuitu Personæ

Radhamés Mejía Vicepresidente

Ángela Español

Juan Tomás Tavares

Laura Lehoux

Magdalena Lizardo

Rafael Emilio Yunén

José Alejandro Aybar

Pedro José Agüero

Cheila Valera

CONSEJO ACADÉMICO

Nurys del Carmen González Rectora

Carmen Gálvez Vicerrectora Académica

Andrea Paz Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Milta Lora Vicerrectora de Innovación y Desarrollo

Aida Roca Vicerrectora de Gestión

Ana Julia Surriel Vicerrectora Ejecutiva Recinto Emilio Prud'Homme

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva Recinto Juan Vicente Moscoso

Glenny Bórquez Vicerrectora Ejecutiva Recinto Félix Evaristo Mejía

Cristina Rivas Vicerrectora Ejecutiva Recinto Eugenio María de Hostos

David Capellán Vicerrector Ejecutivo Recinto Luis Napoleón Nuñez Molina

Anthony Paniagua Vicerrector Ejecutivo Recinto Urania Montás

Luisa Acosta Caba Directora de Desarrollo Profesoral

Vladimir Figueroa Director de Investigación

Ramón Vilorio Director de Recursos para el Aprendizaje

Charly Tolentino Director de Recursos Humanos

Rafael Vargas Representante de los profesores

Alejandrina Miolán Representante de los directores académicos

María Fernanda Evertz Alvarado Representante estudiantil

Maribell Martínez Representante del Viceministerio de Servicios Técnicos y Pedagógicos del Ministerio de Educación

Francisco Ramírez Director Ejecutivo INAFOCAM

FRANKLIN MIESES BURGOS



CLIMA
DE ETERNIDAD
Y OTROS POEMARIOS

PRÓLOGO DE FEDERICO HENRÍQUEZ GRATEREAUX

CLIMA DE ETERNIDAD Y OTROS POEMARIOS | Franklin Mieses Burgos

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS. Serie III. Poesía

Dirección general Nurys del Carmen González, Rectora

Dirección editorial Miguelina Crespo

Consultora editorial Emilia Pereyra

Línea gráfica colección Ana Zadya Gerardino

Diseño de interiores y portada Julissa Ivor Medina

Diagramación Daniel Bisonó

Corrección Manuel Llibre Otero

ISBN 978-9945-639-47-6

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2024.

ÍNDICE



Presentación.....	9
Prólogo.....	11
CLIMA DE ETERNIDAD	
Ariel esperanzado.....	21
Prometeo mortal.....	25
TORRE DE VOCES	
Canción de la voz florecida.....	31
Esta canción estaba tirada por el suelo.....	32
Canción de los ojos que se fueron.....	33
Canción del sembrador de voces.....	35
Canción de la amada sin presencia.....	36
¿Qué serafín es ese?.....	38
Canción de la noche larga.....	40
Canción de la niña que iba sola.....	42
Canción del mundo estático.....	44
Canción del recuerdo feliz.....	45
Canción dialogada por voces en el viento.....	47
Canción de la niña que quería ser sirena.....	50
Teoría de la visión profunda.....	52
TRÓPICO ÍNTIMO	
Elegía por la muerte de Tomás Sandoval.....	57
Paisaje con un merengue al fondo.....	60
Elogio a la palma.....	63
Trópico íntimo.....	65
Gayumba.....	69

EL ÁNGEL DESTRUIDO

Barro inaugural	77
Mensaje a las palomas	79
Adán de angustia	80
Primera soledad	82
Segunda soledad	84
Eva recién hallada	86
Primera evasión	88
Paréntesis exegético	89
Segunda evasión	90
Desvelado Caín	91

GAVIOTAS ENTERRADAS

Tienda de fantasías	95
Fábula inefable de la niña loca	97
Los caballos de Suro vienen por el viento	99
Oda al pintor Gilberto Hernández Ortega	101

PROPIEDAD DEL RECUERDO

Propiedad del recuerdo	105
Ángel caído	107
Demonio de ceniza	108
Monólogo del hombre interior	111

DEL POEMARIO 12 SONETOS

Y UNA CANCIÓN A LA ROSA

A la sangre	121
Humilde mayo	122
Amor	123

OTROS POEMAS

Cuando la rosa muere	127
Las dos rosas	129
Biografía de Franklin Mises Burgos	133

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña (ISFODOSU) tiene el honor de presentarles la «Serie III. Poesía» de su prestigiosa colección «Clásicos Dominicanos». Esta compilación, seleccionada con esmero, consta de diez obras emblemáticas que constituyen hitos en la historia literaria de nuestro país y exhiben la riqueza y diversidad de la lírica dominicana.

La Serie reúne voces icónicas como Salomé Ureña, figura fundacional de la poesía dominicana, insigne educadora que luchó por la igualdad y la justicia; su obra *Poesías* nos conmueve por su sensibilidad y compromiso social. Manuel del Cabral, con su representativo *Compadre Mon*, nos invita a reflexionar sobre nuestra identidad nacional, mientras Pedro Mir, en *Hay un país en el mundo y otros poemas*, nos emociona con su canto a la esperanza y al amor por la patria.

La pasión y el romanticismo de Fabio Fiallo se manifiestan en *Canciones de la tarde*; la renovación poética de Domingo Moreno Jimenes —creador del postumismo, primer movimiento literario dominicano— queda plasmada en *El poema de la hija reintegrada y otros versos*. La fuerza vital y la valentía de Carmen Natalia Martínez Bonilla, voz de la resistencia antitrujillista, se revelan en *Alma adentro*.

Delia Weber, con *Ascuas vivas*, poemario, amplía el registro de las voces femeninas de esta serie y promueve una parte del legado poético de la enérgica defensora

del feminismo. Franklin Mieses Burgos, representante del movimiento La Poesía Sorprendida, nos cautiva con *Clima de eternidad y otros poemarios*. Aída Cartagena Portalatín, de las poetas dominicanas más trascendentales del siglo XX y única mujer que formó parte de La Poesía Sorprendida, nos seduce con *Una mujer está sola y otras poesías*. La obra *Eva en extremaunción*, de Melba Marrero de Munné, una de las composiciones más estimadas de la eximia poeta, corona la Serie.

Cada obra ha sido enriquecida con prólogos de consagrados escritores dominicanos, quienes nos ofrecen una visión profunda y personal sobre cada autor. Agradecemos a Bruno Rosario Candelier, José Enrique García, Federico Henríquez Gratereaux[†], Eduardo Gautreau de Windt, Ofelia Berrido, Manuel Matos Moquete, Mateo Morrison, Sabrina Román y Miguel D. Mena, quienes han contribuido con su profuso saber y su entusiasmo a esta iniciativa que busca exaltar el patrimonio bibliográfico de la literatura dominicana.

La producción de la «Serie III. Poesía» ha contado con el inestimable aporte del Comité Editorial de ISFODOSU, cuyos integrantes seleccionaron estas obras fundamentales de la lírica nacional.

Exhorto a estudiantes, docentes, a la comunidad académica y amantes de la literatura a sumergirse en estas páginas, donde podrán descubrir la diversidad de nuestra poesía y encontrar un referente que los inspire en sus propias expresiones artísticas. Estas obras, que invitan a las nuevas generaciones a apreciar la riqueza de la poesía dominicana, forman parte de nuestro catálogo digital de publicaciones, disponible para todos los lectores del mundo, en nuestro portal institucional www.isfodosu.edu.do.

Nurys del Carmen González Durán
Rectora

P R Ó L O G O



Un poeta para todos los tiempos

Por Federico Henríquez Grateaux

Tuve la suerte de conocer a Franklin Mieses Burgos en una tertulia de «personas mayores», que tenía asiento en la casa del licenciado Manuel Amiama, abogado, periodista, profesor universitario. A esas reuniones, inolvidables para mí, asistía Juan Francisco Sánchez, catedrático de la Facultad de Filosofía en la Universidad de Santo Domingo, y también otros «viejos inteligentísimos», que no menciono para no alargar demasiado estas notas.

Don Cundo, como llamaban al licenciado Amiama, trató de transmitirme las enseñanzas de la «Escuela de Marburgo», de los filósofos neokantianos, como Cohen y Natorp; el profesor Sánchez, apodado Tongo, nos obligaba a aprender la Escolástica: San Agustín, San Anselmo, Santo Tomás, Duns Escoto; y sus conexiones con Platón y Aristóteles. Este profesor disponía de los escritos pedagógicos de Julián Marías: *La Filosofía en sus textos*; en dichos escritos los pensadores clásicos estaban traducidos directamente: del griego al español, del latín al español, del alemán al español, del francés al español. Nada era «retraducido» ni «obscurecido el original», gracias a la erudición de Julián Marías, discípulo de José Ortega y Gasset.

En esta atmósfera intelectual —en medio de la dictadura de Trujillo—, conocí las ocurrencias y la risa contagiosa de Franklin Mieses Burgos. Como he dicho, yo era entonces un joven rodeado de viejos por todas partes. Paradójicamente, el único viejo que no era profesor fue quien me enseñó lo más importante sobre la vida y la literatura. Presté siempre mucha atención a cuanto decía o argumentaba Mieses Burgos; y así fui conociendo, poco a poco, los entresijos de su poesía. Las diferencias en nuestras edades no impidieron que floreciera la amistad. Él decidió encargarme de la publicación de sus versos; cambió el título machadiano: *Palabras en el tiempo* por el de *Clima de eternidad*. Cuando murió, sus amigos viejos me pidieron que dijera su oración fúnebre. Y así lo hice.

Este poeta para todos los tiempos es también capaz de penetrar en la sensibilidad de jóvenes y viejos, con escolaridad o sin ella. El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, (ISFODOSU), patrocinador de la publicación de esta selección de sus versos, recopilada por la novelista Emilia Pereyra, hace bien en poner a disposición de los maestros los maravillosos textos del poeta Mieses Burgos.

Él escribió un famoso poema: «Paisaje con un merengue al fondo». Ese texto, mil veces declamado, contiene una visión histórica de los dolores de la sociedad dominicana —del machete como apero de labranza y arma libertaria—, gira alrededor del eje musical y danzario, del arte dominicano. «Trópico íntimo», «Elogio de la palma» y «Elegía por la muerte de Tomás Sandoval», pertenecen a una especie de «mostración» poética de la tierra donde nacimos. Esa es una cara de la obra de Mieses Burgos.

Cuando compone un soneto tradicional, en homenaje a sor Juana Inés de la Cruz, presenta otro aspecto de su arte. Mieses Burgos utiliza las sílabas tónicas de la lengua española, a y o, para dar fuerza a la expresión y simplicidad a cada frase.

Humilde mayo

*Mayo trajo la flor, la milagrosa
palabra vegetal que arrulla el viento.
Mayo pobló su propio firmamento
con la sola presencia de una rosa.*

*Yo la miré ascender tan jubilosa
a su pequeño, débil monumento,
que fue como si viera el nacimiento
de una terrestre aurora luminosa.*

*Era su viva lumbre madrugada
una encendida hoguera encarcelada
en el cielo cerrado de su esfera.*

*Única roja rosa amanecida.
Rosa de una estación empobrecida.
¡Solo con ella fue la primavera!*

Para dar un segundo ejemplo —esta vez de gran profundidad conceptual—, me referiré a «Demonio de ceniza», un poema centrado en el problema humano de la envidia o el rencor entre artistas:

[...]

*La gloria es un rumor que llega desde fuera,
un mar enardecido cuyas olas se abaten
al frío pie sin vida de las mudas estatuas;
eco donde la noche terrible del olvido
también irá cayendo;
nada más que un rumor:
un lejano rumor salido de otros labios,*

*de otras almas en paz donde un júbilo niño
apenas ilumina la luz de una sonrisa.*

[...]

*Demonio de ceniza:
tú no estás en el árbol,
en esa edad sensible de los brazos abiertos;
no te das generoso como la espiga al viento,
y es por esto que hay algo que te niega a ti mismo
por la voz cuando cantas;
algo amargo que a todos te denuncia lo mismo
que el cristal de un espejo;
algo oscuro e insondable en tu propio sentir,
que te hace morder con diente de rencor
tu propia sedienta primavera.*

[...]

*Demonio de ceniza:
presencia y realidad de lo humano incompleto;
no hay cielo que soporte gozoso tu osamenta,
el hielo de tus manos;
no hay cielo que se mire sereno por tus ojos;
aún aquel en que crecen desmesuradamente
las semillas del odio:
cielo para la muerte de la lealtad del hombre.*

Fragmentos del poema «Demonio de ceniza»

De este modo, los docentes podrán exponer al estudiante algunas de las muchas facetas de la poesía de Miseses Burgos;

la aceptación del trópico y «del furioso merengue que ha sido nuestra historia»; esto es, la nota folclórica o costumbrista que nos trae la música del merengue —hecha con melodía hispánica y acompañamiento africano—, o el respeto de Mises Burgos por las formas de la poesía tradicional, cuyo dominio es patente en *Humilde mayo*, una composición rigurosa donde el poeta juega con los acentos. El homenaje a sor Juana Inés de la Cruz no impide que reciba en su casa a André Breton, el gran poeta del surrealismo. Mises Burgos es un poeta para todos los tiempos y su poesía respira un *Clima de eternidad*.

Finalmente, una breve cita de *El ángel destruido* nos ayudará a poner en relieve la aguda percepción filosófica de este gran poeta dominicano.

*Solo una gran piedad
pudo crear los mundos eternos sin hastiarse
solo una gran ternura
pudo sembrar la vida, como se siembra un árbol,
la jubilosa voz de una semilla.
No pudo ningún otro posible sentimiento
alzar nuestro destino,
nuestra meta mayor ante la eternidad
absorta que nos mira desde sus hondos ojos
de solitaria estatua preferida.*

Fragmento del poema «Barro inaugural»

La culminación de estas visiones filosóficas del creador de La Poesía Sorprendida es una afirmación rotunda:

*De toda esta demencia la luz es la culpable;
porque solo la luz es la que muestra,*

*la que revela el signo de lo propio;
su escandalosa voz de pregonera
resta veracidad a lo que dice,
pero lo que ella dice siempre queda
como una maldición sobre las cosas.*

CLIMA
DE ETERNIDAD
Y OTROS POEMARIOS



CLIMA DE ETERNIDAD

(1944)



ARIEL ESPERANZADO*

Un longino de piedra clava lanzas oscuras al costado
del mundo.

¡Oh mi joven amigo, camarada!
Ya es hora de partir cantando hacia la tierra,
solitaria y sin nombre, donde florece el árbol de las
nuevas palabras;
donde se da la yerba de la mansa esperanza, con las cuales
lo inmenso,
generoso redime lo celeste del verbo humano con que
el hombre,
fabrica sus mortales estatuas medio a medio
de la noche profunda que puebla su horizonte.

Aquí ya nada queda con que puedan tus manos de livianas
arenas,
levantar otra torre de música a la orilla despoblada del
viento,
de los mayores aires preferidos,
donde lanza la aurora estrepitosamente,
su primera edición de ruseñores...

Un longino de piedra clava lanzas oscuras al costado del mundo.
¡Oh mi joven amigo camarada!
¡Hay que decirle adiós a todas las banderas!

La vida es solo un ancho cementerio sembrado de vocablos
extintos,
de oscuras osamentas de prehistóricas voces y de gritos
difuntos.

¡Aquí ya nada queda! Vamos sobre los muertos,
irremisiblemente, con una flor inmensa de hielo en la cabeza;
vamos sobre los muertos levantando ciudades,
erigiéndoles falsos monumentos al miedo de nuestra propia
y honda
soledad enterrada de horror hasta los huesos.
Aquí ya nada queda después de estos puñales,
de estos horribles dardos de fuego y de ceniza.

¡Aquí ya nada queda!

¿Dónde entonces hallar aquel párpado grande que recoge las
sombras,
que derrumba las nieblas apretadas que muerden las entrañas
del cielo,
si las lámparas todas tienen cerrado el ojo que adivina lo eterno?

¡Oh mi joven amigo, camarada!
¡Hay que decirle adiós a todas las banderas
que flotan en los altos litorales del mundo como auroras varadas!

No hay ninguna cadena que nos ate a la firme presencia de las
cosas
ajenas a la esencia que vertebra la honda armonía de los polos.

¡No hay ninguna cadena! El corazón es solo, fino río de sangre,
 mudo cauce sepulto donde el rostro encendido de un ángel se
 refleja;

donde siempre es de noche
 y el recuerdo no llega con el gallo del alba;
 el recuerdo no llega para alumbrar la ruta de la muerte sin gloria,
 donde caen en el polvo
 los que pueblan el cielo solitario del llanto.

¡Oh mi joven amigo, camarada!
 ¡Ya es hora de partir, cantando, decididos, hacia la otra tierra
 donde lo eterno aguarda desde la enorme esfera de una muerte
 sin hora!
 ¡Tu patria no es de tela; el universo es tuyo; el cielo tu bandera!

Podemos irnos lejos
 hasta la misma noche del aluvión primero,
 donde el mar desfigura los metales nocturnos que cuelgan de
 sus hombros,
 de sus amplias espaldas de corales heridos y de líquenes
 hondos,
 donde la humilde sal —pordiosera— procura
 la verdinegra flor que sonríe desde el fondo de los yodos
 profundos;
 donde avara la roca guarda oculta la infancia del silencio
 aborígen,
 de aquel silencio-niño que se quebró en el alma de la aurora
 primera,
 con el advenimiento y terrible de nuestro Adán de angustias.

Podemos irnos lejos
 hasta donde la rosa puede ser una estrella

y la estrella un cordero —¡cordero de la pascua perenne de los
cielos!

El nardo una paloma; la azucena una abeja.
Donde tiene el diamante un mundo luminoso de faroles
pequeños;
el alquitrán el cielo desolado y profundo de su noche sin ojos,
en donde, enceguecidas, aúllan las tinieblas.

Podemos irnos lejos
hasta poder cerrar este ciclo de sueños
lo mismo que un anillo de oro cincelado,
como un vaso cualquiera
donde una simple gota de agua prisionera sacie la sed de un mundo
elemental en cuyo, desconocido fondo,
el principio se alce hecho de sedimentos de esponjas y de peces,
¡de eternidad en trance de iniciar su equilibrio!

*Versión de la revista *La Poesía Sorprendida* 1944.



PROMETEO MORTAL

Ellos todos se irán cuando la nueva luz intrépida levante
del uno al otro lado sus traslúcidas lámparas matinales de
vidrio
por dentro de la noche sonámbula que aún siembra
negras rosas de sombras a la orilla del viento donde
llueven violines,
donde llueven guitarras de musicales cuerdas como
gotas de río.
Ellos se irán cantando, cantando alegremente,
cuando ya madrugada la mañana disponga de un par de
golondrinas
que humanicen de alas temblorosas el rostro inhumano
del cielo.
Se irán enardecidos hacia el filial ambiente dejado por sus
cuerpos,
para cubrir el hueco de atmósfera cavada de donde
procedían.
Porque nada ni nadie, puede tener dos sitios iguales en el
aire,
dos rendijas abiertas para unos mismos ojos,
para una misma voz,
sin que se quiebre el orbe pequeño en que habitamos.

¡Cada uno a su propia cavidad primitiva!
¡Cada uno a su cueva personal aborigen de donde fue sacado!

¡Cada uno a su hoyo; a su terrible hoyo
proporcional y justo que responde a la exacta medida de su talla!

¡Que allí estarán los moldes intactos de sus manos,
de la primer sonrisa que floreció en sus labios como una flor
pequeña!

¡Que allí estará sangrando la imagen espantosa de su dolor
primero,
como una muda esfinge de sal petrificada!
¡Que allí estarán las huellas, las digitales huellas
de su voz aguardando,
el debido retorno de sus propias vocales!

Una espera impaciente
desde el confín del aire del mundo está clamando por todas estas
cosas
como claman las sombras por sus cuerpos perdidos,
vacíos sin ninguna realidad en ausencia del perfume del nardo.

Ellos todos se irán: en cambio, solitarios, nosotros nos quedamos;
nos quedamos anclados frente a la misma noche desolada de
siempre,
bajo la misma luna eterna de forzados,
sin ningún árbol propio
donde colgar un nombre diferente a la angustia humana que nos
hiere.

Nos quedamos en medio de nuestra imperturbable
soledad estancada
de abismos sin balcones
para ganar la libre inmensidad del cielo;

sujetos Prometeos a la roca invencible de una carne sin alas,
donde esculpe el silencio sus estatuas perennes de rencor y de
miedo.
¿Dónde encontrar entonces la asequible garganta abierta para
el río,
caudaloso y profundo de nuestro propio llanto de fuego
derramado?
¡Llanto que clama siempre por un mar encrespado de vivas
muchedumbres,
en olas colectivas
de una humana marea de almas agitadas!

Ellos todos se irán; nosotros, nos quedamos.
Nos quedamos nosotros hundidos en la entraña del terrible
tambor
donde golpea furiosa la sangre derramada de los últimos
muertos,
sin ninguna presencia que derribe la noche donde crece el
olvido;
sin ninguna posible catástrofe que impela a un gesto
perdurable.
¡Pobres dioses humanos a un inmenso dolor de eternidad,
atados!



TORRE DE VOCES

(1929-1936)



CANCIÓN DE LA VOZ FLORECIDA

Yo sembraré mi voz en la carne del viento
para que nazca un árbol de canciones;
después me iré soñando músicas inaudibles
por los ojos sin párpados del llanto.
Colgada sobre el cielo dolido de la tarde
habrá una pena blanca, que no será la luna.
Será una fruta alta, recién amanecida,
una fruta redonda de palabras
sonoras, como un canto:
maravilla sonámbula de un árbol
crecido de canciones, semilla estremecida
en la carne florecida del viento:
—mi voz.



ESTA CANCIÓN ESTABA TIRADA POR EL SUELO

Esta canción estaba tirada por el suelo,
como una hoja muerta, sin palabras;
la hallaron unos hombres que luego me la dieron
porque tuvieron miedo de aprender a cantarla.
Yo entonces ignoraba que también las canciones,
como las hojas muertas caían de los árboles;
no sabía que la luna se enredaba en las ramas
náufragas que sueñan bajo el cristal del agua,
ni que comían los peces pedacitos de estrellas
en el silencio de las noches claras.
Yo entonces ignoraba muchas cosas iguales
que eran todas posibles en la tierra del viento,
en donde la leyenda no es una hierba mala
crecida en sus riberas, sino un árbol de voces
con las cuales dialogan las sombras y las piedras.
Yo entonces ignoraba muchas cosas iguales
cuando aún no era mía
esta canción que estaba tirada por el suelo,
como una hoja muerta, sin palabras;
pero ahora ya sé de las formas distintas
que preceden al ojo de la carne que mira,
y hasta puedo decir por qué caen de rodillas,
en las ojeras largas que circundan la noche,
las diluidas sombras de los pájaros.



CANCIÓN DE LOS OJOS QUE SE FUERON

Se me fueron los ojos por mirar la presencia
posible de las cosas que pasan como el río,
como el pájaro blanco de una luna sin alas,
como el cristal en donde se desnuda el silencio.
Desde niño se fueron...
y ahora tengo en la sangre
otros ojos que miran por encima del aire,
por encima de toda transparencia distante,
y esta es mi pena ahora: el término y distancia;
el que yo muera siempre, mientras los otros cantan
cuando yo me deshago de llanto entre las yerbas
buscando la sonrisa que olvidan las estrellas
al huir presurosas ante la luz del día.
Yo me iría tirando también como los otros
en un cauce perfecto mis redondas palabras;
pero no puedo, no; hay otras formas mudas
que me llaman más hondo que la voz de las aguas.
Yo sé que nadie ignora la vida de mis ojos
allí donde la niebla tiene rosas moradas,
y el silencio devora la imagen de otra luna
hecha de anohecidas canciones apagadas;
allí donde los nardos son palomas crecidas

con las alas quebradas,
y el jilguero no es solo la dulzura de un canto,
sino una ruta ancha por donde de puntillas
llega de noche el alba;
quiero decir: allí donde todas las hojas
elaboran por dentro de la savia fecunda
de sus verdes entrañas,
la presencia de una primavera enterrada,
en donde están gritando de angustia por su vida
las rosas que no nacen;
allí están mis ojos: los ojos de mi sangre,
los que miran tan solo por encima del aire,
por encima de toda transparencia distante;
los ojos que me dieron; que no fueron de carne;
allí están en la sangre
mirando el lado opuesto, la forma diferente,
el oculto sentido de la carne y la esencia;
porque todas las cosas tienen su doble sombra,
hasta la voz y el viento.



CANCIÓN DEL SEMBRADOR DE VOCES

Caminando al azar por los caminos,
por los muchos caminos distintos de la vida,
voy tirando palabras desnudas en el viento,
como quien va tirando distraído
semillas de naranja sobre el agua de un río.

Son palabras dispersas, acaso sin sentido,
palabras misteriosas que afluyen a mi boca,
cuyo origen ignoro.

Algunas veces pienso que es otro quien las pone
sobre mis propios labios para que yo las diga.
Y yo las digo; pero, tan displicentemente,
como quien va tirando, distraído,
semillas de naranja sobre el agua de un río.

La multitud que pasa me mira y se sonrío
y yo también sonrío; pero sé lo que piensa.
En cambio ella no sabe que yo estoy construyendo
con esas simples voces salidas de mis labios,
la estatua de mí mismo sobre el tiempo.



CANCIÓN DE LA AMADA SIN PRESENCIA

Antigénesis

Antes de que tu voz fuera color de trino
y tus ojos dos sombras salobres como algas;
cuando aún tu sonrisa no era un camino abierto
para encender al alba, sino una melodía
en un país remoto de la tarde;
entonces, —¿lo recuerdas?—,
todos éramos uno en la unidad de Dios,
y mi aliento de vida era tu mismo aliento,
porque tú eras yo.
Oh indescifrable enigma de la rosa y el viento:
yo me amaba en ti misma.
Todavía el ocaso no era un pájaro muerto
colgado entre dos ramas,
ni se dolía la noche
en la angustia pequeña de los nardos,
ni el cielo era de trapo,
ni el mar una hoja verde sin sirenas.
Acaso todavía los lirios no eran lirios,
ni estrella, las estrellas;
ni el sol una sonrisa de claridades altas

nacida entre dos astros; todavía, te digo,
que nada tenía forma resuelta entre las cosas;
el aire no era aire, sino una mariposa:
solo una mariposa con las alas tendidas.
Que dolor el de no verte desfilando
como el perfil sonámbulo de un ala
entre los mansos árboles sin luna,
ni flotando en la noche única y sola,
como un ave perdida entre la bruma.
Sin embargo los dos íbamos juntos
sin que tu sombra
gritara por el frío de la palabra «nunca»
su agonía; sin que ninguna pena,
por el silencio mismo en que morías,
espigara una rosa de ternura
como vivo recuerdo de un alma que se iba.
Que dolor el de no verte
entre estas muchas cosas que no eran:
las montañas, los nidos, las ranas y los peces,
la luna grande
mojada de canciones,
la tierra azul y la mañana verde.
Que dolor del de no verte;
porque este era el instante
único y preciso de las nominaciones:
ya el viento sería viento; la violeta, violeta.
La mano de lo arcano ponía su etiqueta
sobre todas las cosas; ya íbamos a ser:
mujer, estrella o rosa.
Pero tú fuiste un atardecer.
¡Solo un atardecer!
Y yo, poeta.



¿QUÉ SERAFÍN ES ESE?

Allí donde furiosos los pájaros devoran
—con el ámbar pulido de sus últimos cantos—
el crecido racimo de una luna madura;
allí donde florecen todas las claridades,
mi amor está esperando que retorne tu risa:
madrugada desnuda nacida entre dos rosas,
rumor de caracoles en las manos del viento.
Yo no quiero que llores; solo quiero que digas:
¿Qué serafín es ese que vendimia en las altas
blancuras de tus manos espigas de luceros?
No es ilusión de nieblas prendidas de mis ojos,
ni galanteo de alondra que juegue entre las hojas;
es solo una pregunta que se asoma en mis labios
cuando miro tus manos que recuerdan palomas:
dos nevadas palomas en el preciso instante
de levantar el vuelo.
Todas las lumbres altas nos anuncian auroras;
todas las mariposas, una ruta viajera;
pero por ello mismo recordamos la rosa,
andariega de aromas en su tallo clavada.
Un día yo te dije:
—Mi verdad es tan solo

un rebose de luna esparcido en el agua;
mi voz vive distante como un clamor ausente
de la carne perenne que concreta las cosas;
pero a pesar de todo yo sigo siendo un niño
sorprendido entre tantos
crespones transparentes
y entre tantas verdades podridas como sombras.



CANCIÓN DE LA NOCHE LARGA

En la noche y bajo una
muda elocuencia de piedra,
la sombra de los cipreses
es como un grito en la niebla.
Coros de voces descalzas
ponen sus ágiles pies
sobre las copas oscuras
de los árboles; después
la aguda espada de un grillo
hiere un hermoso silencio
de blanca carne de lirio
y de cabellos de incienso.
Yo sueño con que tus manos
se van perdiendo a lo lejos
como dos trémulas alas
tras la negrura del cielo.
Soledad de soledades:
mi corazón está solo
frente a esta noche que crece
como un rosal sin colores.
Si pudiera ver el mar
que me recuerdan tus ojos,

se trocarían en lumbres
mis soledades en sombra;
se llenaría de flores
el limonero más alto;
con sus mejores kimonas
vendrían las mariposas
de donde nadie lo sabe;
la luna se iría entonces
cantando por otra calle,
y una frescura de infancia
se me entraría en el alma:
ya no sería yo el mismo,
el de esta noche tan larga;
con otro cuerpo distinto
y el corazón en las manos
retornaría de nuevo
para jugar en la playa.
Canciones de primavera.
Olor a tierra mojada.
¡Todo si viera tus ojos
en esta noche tan larga!



CANCIÓN DE LA NIÑA QUE IBA SOLA

Sonó lenta y sin alarde
la ronca voz de una torre.
Por el camino sin nadie
venía un perfume de cobre;
por el camino sin nadie
de la tarde.

—¡Oh, linda, te lo diré
ahora que estamos solos;
un redondo mar sin peces
son tus ojos!

—La tarde borda jacintos
de tafetán sobre el cielo.

—¿Si quieres uno, yo puedo
sobre tus trenzas ponerlo?

—No, déjame sin jacintos
lucir así mis cabellos.

—¿Flotando sueltos al viento
como las alas de un cuervo?

—O de un retazo de noche
caído desde los cielos.

—¡Oh, linda, linda, no puedo
con la sombra de tu pelo!

Suena lenta y sin alarde
la ronca voz de una tarde.
Por el camino sin nadie
vino un perfume salobre;
por el camino sin nadie
de la tarde.



CANCIÓN DEL MUNDO ESTÁTICO

Me imagino tu mundo por dentro como un amplio coro de incomprensibles voces de terciopelo, flotando entre una selva de árboles humanos, tras un dolor desnudo venido de muy lejos. Me imagino tu mundo —terrible, solitario— como un paraje en donde crezcan rosas de nieblas, y en donde impetuoso un viento crudo y agrio muerde un viejo silencio de corazón de piedra. Me imagino tu mundo como si en él la noche hubiera florecido sus pétalos de sombras para quebrar el alba dorada que persiste en despertar el canto de todas las alondras. Después acaso un solo sonido sin palabras, una música muerta, un resplandor de estrellas ahogadas sobre el agua de un río silencioso que marcha lentamente camino de la muerte. Una rosa, una dalia, algo absurdo que finge la traslúcida cara de un ser cuya sonrisa nieva lumbre de luna: Y en medio de este mundo atormentado y solo, como una torre adulta: tu voz petrificada.



CANCIÓN DEL RECUERDO FELIZ

Cuando por soleados caminos del domingo,
cogidas de las manos venían las margaritas
con sus limpias enaguas recién almidonadas
crujiendo melodías de almidón en el viento;
cuando enardecidas iban las amapolas
gritando en rojo vivo su pasión anarquista
por todos los viajeros senderos de la aurora,
y los claveles eran Caperucitas Rojas,
las dalias (con sus faldas de encajes) bailarinas,
ignoradas pavlovas de la verde campiña,
con tramoyas de vientos, en proscenios de hojas;
cuando todas las rosas del rosal tenían alas,
y en vez de ruseñores canoros en sus jaulas,
las viejas solteronas mimaban en sus sueños
tulipanes azules que cantaban:
era entonces el tiempo feliz de las abuelas;
el bello tiempo ido de las pantallas rosas,
los relojes de cuco, los bastones de estoque,
las postales de Niza y el ademán pausado
con que los caballeros se hacían el bigote;
tiempo todo cubierto de un fino terciopelo,

por el que descendían palabras discretas
en un suave despliegue de susurrantes voces
cuando el vals entreabría sus violines de llanto,
y el mundo se apagaba de pura transparencia.



CANCIÓN DIALOGADA POR VOCES EN EL VIENTO

—Quiero el haz de tus gritos
apretados y juntos
para forjar con ellos
un pueblo de palabras,
una ciudad de voces
con campanas azules.

—¿Sin que por ello tengas
que dejar los jirones
de tus nardos de cielo
prendido de los dedos
oscuros de mis sombras?

—Entonces no comprendo
porque has llegado a mí
sin una temblorosa
canción entre las manos.

¿Es que se han muerto todos
los pájaros del mundo,
y ni siquiera cantan
ahora las estrellas?

—Floreceré jardines
de música en ellas,

para que tú vendimies
ternuras de azucenas.
—Ya te he dicho mil veces
que no quiero palabras;
hay algo más en ellas...
—¿Quieres decir canciones?
¿Voces estremecidas?
—Yo pienso que son tales,
aun cuando ellas no tengan
ese temblor sublime
que es propio de las alas.
—¿Es que ignoras acaso
que hace tiempo que el canto
no se espiga en los labios
angustiados del mundo?
Todos los que cantaban
se hundieron en un negro
silencio sin estrellas
sin árboles en donde
pudieran amarrar
las sombras de sus sueños.
—¿Quieres decir que han muerto;
que no existe quien pueda
humanizar de nuevo
los pesares del mundo?
—Es mejor que no digas
esas cosas tan alto.
Puede que nos las oigan
aquellos que no saben
de nuestro mar de llanto
derramado por todas
las mariposas muertas.

—Hay algo que ignoramos
que transmuta la forma
sensible de las cosas.
Quizás por ello sea
que en mi mente tus manos
se estremecen ahora
lo mismo que la sombra
pequeña de los lirios
hundidos en el agua.
—¿Por qué dices tal cosa?
¿Cuándo no fue de lirios
la sombra de mis manos?



CANCIÓN DE LA NIÑA QUE QUERÍA SER SIRENA

Por los caminos del cielo
llegó la luna gritando
sus claridades nevadas
de caracoles y nardos.
En la guitarra del viento
la brisa con dedos finos
cantaba un canto de plata.
Con su sonrisa de arcángel
que no se come las uñas,
la niña dijo riendo
bajo el capricho de luna:
—Yo fui sirena una noche
de sombras de terciopelo.
Sobre mis muslos de nácar
podían brillar luceros.
Madréporas y corales
entre la noche marina
lloraban sus soledades
por las pupilas salobres
de los dorados delfines.
Dorsos de plata y de luna.
Arena de las estrellas.

¡Cristalerías de espumas
en un mundo en donde sueñan
los tulipanes de nieblas!

—Niña mía, de tus ojos
está muy lejos el mar.

Quizás tú fuiste lucero;
pero sirena, jamás.

—Un palomar de tritones
yo vi en el fondo al pasar.

¿Por qué tú niegas que he sido
una sirena del mar?

Si negros son mis cabellos,
teñidos han sido allá
con tinta de calamar
y sombras de noche muerta;
si no son claros mis ojos
es por el llanto quizás:
que la pena es también negra
hasta en el fondo del mar.

—Niña mía es que en tus labios
no está el sabor de sal.

Quizás tú fuiste una estrella;
pero sirena, jamás.



TEORÍA DE LA VISIÓN PROFUNDA

Las palabras son anclas
clavadas en el suelo,
pájaros mutilados
que tienen un viajero
corazón de nube;
pero así como el nardo
tiene llena por dentro
su vida de una oculta
claridad madrugada,
así las demás cosas
también puede que tengan
sus vidas de una misma
manera amanecidas.
No es posible una carne
sin sueños ni palabras,
sin angustia de voces,
sin corazón de lumbre
ni párpados de llanto.
Todo tiene, sin dudas,
que tener otra vida
por dentro de la cual
—y estremecida toda—

debe haber algún cielo
herido de canciones.
Es lógico pensar
que a espaldas de la luz
clara de las estrellas
ningún hombre ha podido
vislumbrar su camino
en la noche profunda,
y es que olvidamos siempre
—inexplicablemente—
que la piedra es la infancia
remota del silencio,
y que el agua no es más
que el discurrir del tiempo.
Únicamente vemos
lo externo de las cosas;
jamás nos incluimos
para escuchar la simple
verdad que se nos muestra
desnuda desde el suelo.
Si la rosa miramos,
no vemos que la rosa
es solamente un trino
de pétalos clavados
sobre la vertical
resignación de un tallo.
Nuestra visión se queda
tan solo en los colores,
sin ver jamás el verde
color de las pisadas
del viento que retoza
desnudo entre las hojas.



TRÓPICO ÍNTIMO

(1930-1943)



ELEGÍA POR LA MUERTE DE TOMÁS SANDOVAL

¿Quién ahora, llorando, te alzaré desde el fondo
solitario del mar,
para solo pensar desesperadamente
en el vidrio desnudo de tu limpia sonrisa,
o en aquella tu carne, color de azúcar parda,
después de que los peces hambrientos se comieron
el último paisaje de sol que había en tus ojos?
¿Quién ahora, llorando, te alzaré desde el fondo
solitario del mar?
¡Oh príncipe mulato de la verde escafandra!
¡Tronco joven de ceiba y corazón de nardo!
Después de que la muerte dejó sobre tus sienes
una polar caricia de puñales de hielo.
Por esos ojos tuyos —¡dolor!—, por esos ojos
tan llenos de luceros distantes y neblinas;
por esos ojos tuyos derramarán su llanto
de alero las palomas;
la noche que te clama sin cesar desde el cielo
colgará sus crespones de sombras ateridas
sobre un mundo salobre de guitarras y lonas.
Pero tú desde el fondo no las podrás mirar:

no las podrás mirar, porque ya se habrá ido
el alba que alumbraba por dentro de tus ojos
de terciopelo oscuro;
porque ya se habrá ido sin campanas tu vida
hacia una madrugada de sal y caracoles,
más allá de la noche pequeña de las algas,
a la que todavía la luna no ha podido
llegar para mirarte, definitivamente
dormido bajo el agua.
Arena y solo arena para el ancla caliente
de tus ingles desnudas.
¿Para tus ojos?... ¡Sombras de los corales mudos!
Arena y más arena para enterrar tus sueños
marítimos de nubes y de gaviotas blancas,
sobre un cielo de coco nublado de sardinas.
Arena y más arena
para hundirte en tu inmenso silencio terminado
entre besos impuros de hermafroditas peces:
que ya no habrá más música marina de acordeones
en tu lecho de limos y pleamares eternos.
Sin un puerto posible para tu despedida,
en la noche se fueron llorando las estrellas.
Sujeta entre tus brazos habrás tenido solo
una coquetería de manatíes hembras;
porque ya las abejas que anidaban tus labios
se habrán llevado toda la cera de tus besos.
Oh amante ineludible para quien la marisma
tendía el más oculto fluir de sus mareas:
¿Qué has hecho con el rostro pálido de las lunas
caídas en el fondo solitario del mar?
¿Qué has hecho con el rostro
de amor de aquellas lunas?

¿Traslúcida y radiante como un cristal muy fino
deambulará tu sombra en torno de estas islas
caribes que te dieron ese estupor de cielo
mojado de aguardiente? ¿Quién ahora dolido
escuchará tu voz herida de violetas,
y le dará a tu gesto de varón suicida
todos los crisantemos crecidos en la tarde?
En litoral de llanto amargo sin pañuelos
las verdes hojas anchas sacudidas
por tropicales ráfagas de horno,
te están diciendo adiós,
y tú no miras.



PAISAJE CON UN MERENGUE AL FONDO

Por dentro de tu noche
solitaria de un llanto de cuatrocientos años;
por dentro de tu noche caída entre estas islas
como un cielo terrible sembrado de huracanes;
entre la caña amarga y el negro que no siembra
porque no son tan largos los cabellos del agua;
inmediato a la sombra caoba de tu carne:
tamarindo crecido entre limones agrios;
casi junto a tu risa de corazón de coco;
frente a la vieja herida violeta de tus labios
por donde gota a gota
como un oscuro río desangran tus palabras,
lo mismo que dos tensos bejucos enroscados
bailemos un merengue: un furioso merengue
que nunca más se acabe.
¿Que somos indolentes? ¿Que no apreciamos nada?
¿Que únicamente amamos la botella de ron,
la hamaca en que holgazanes quemamos el andullo
del ocio en los cachimbos de barro mal cocidos
que nos dio la miseria para nuestro solaz?
Puede ser; no lo niego; pero ahora, entre tanto,
bailemos un merengue hasta la madrugada,

entre ajíes caribes de caricias robadas,
cabe cielos ardidos de fuego de aguardiente,
bajo una blanca luna, redonda, de cazabe.
Que ya me están urgiendo de caminos reales
los nísperos canelas de tus propios racimos,
y no sé de qué soles tropicales me vienen
todas esas violentas viscerales urgencias
de querer cimarronas morbideces de sombras.
¿Que hay muchos que aseguran
que aquí, entre nosotros,
la vida tiene el mismo tamaño de un cuchillo?
¿Que nuestra gran tragedia como país empieza
desde cuando aprendimos a tocar el bongó?
¿Que el acordeón y el güiro han sido los peores
consejeros agrarios de nuestros campesinos?
Puede ser; no lo niego; pero ahora, entre tanto,
bailemos un merengue que nunca más se acabe,
bailemos un merengue hasta la madrugada:
que un hondo río de llanto tendrá que correr siempre,
para que no se extinga la sonrisa del mundo.
¿Que el machete no es solo en nuestras duras manos
un hierro de labranza para cavar la tierra
pequeña del conuco, sino que muchas veces
se ha convertido en pluma para escribir la historia?
Puede ser; no lo niego; pero ahora, entre tanto,
bailemos un merengue que nunca más se acabe,
bailemos un merengue hasta la madrugada:
que ya no serán solo tus manos olvidadas
dos sonámbulas rutas de futuras vendimias
sobre una tierra brava;
ahora te daremos otras maternidades
fecundas de distintas raíces verticales.
¿Que fuimos y que somos los mismos marrulleros,

los mismos reticentes del pasado y de siempre?
¿Que dentro de la escala de los seres humanos
hay muchos que suponen que nosotros no vamos
más allá del alcance de un plato de sancocho?
Puede ser; no lo niego; pero ahora, entre tanto,
bailemos un merengue de espaldas a la sombra
de tus viejos dolores,
más allá de tu noche eterna que no acaba,
frente a frente a la herida violeta de tus labios
por donde gota a gota
como un oscuro río desangran tus palabras.
Bailemos un merengue que nunca más se acabe,
bailemos un merengue hasta la madrugada:
el furioso merengue que ha sido nuestra historia.



ELOGIO A LA PALMA*

Largo dedo tendido para el liviano anillo de boda de los
hongos.

Asta de la sabana
donde ata la aurora su bandera de cielo.
Pendón donde amanece de trinos la mañana.
Verde pluma de fuente para escribirle cartas de sombras
a los ríos.

Palo mayor. Columna. Andén de golondrinas.
Pedestal de los pájaros más altos.
Trenza de los ciclones.
Balcón de transeúntes mariposas errantes,
o improvisado mástil para el sueño
de algún viajero corazón marino de tus islas de fuego.
Palma. Palma: Bohío presentido.
Petrificado grito de la tierra,
en un loco delirio de vegetal altura.
Simple hogar en potencia
para lograr la otra
solitaria ribera cuando la noche llega
hasta tu quieta sombra de puntillas.

Síntesis prodigiosa de los cuatro principios de la vida aborigen:
¡Abrigo y alimento, ornamento y paisaje!
Palma. Palma: Guitarra de los vientos.
Tu suelta cabellera tiene una somnolencia sonámbula que sueña,
con una inmensa tierra de trópicos ardidos.
¡Perenne voz del aire en verde llamarada!
¿En qué lámpara sola de la noche del mundo germinó tu
semilla?
¿En qué horno, en qué Sahara de una arena interior
transfigurada?

*Versión de la revista *La Poesía Sorprendida* 1943.



TRÓPICO ÍNTIMO*

Ahora, como siempre: en otros paralelos y en medio de
mi isla
subjetiva, buscando, la latitud exacta de un mar definitivo
donde no sea posible reeditar el aliento mortal de los
monzones,
ni el ecuador de hornos que estalla desde el rojo pulmón
de los veranos;
madrugando a la orilla solitaria de un alba de viejo
amanecida
—sin la rosa de fuego de los trópicos vivos— antípoda de
un mismo
e ignorado archipiélago de sueño entre las nubes,
de amor entre las yerbas y los lirios;
lejos de la espesura de carne sumergida
donde el bongó retumba, lascivo, desde el negro confín
de los abuelos,
como la simple gota de un cangilón herido,
suspenso sobre el aire de una noria celeste donde es
agua la luna,
y es entraña cerrada, apretada y oscura, la fruta de la
noche;

el bosque en donde sueña —¡oculto ruiseñor!— el corazón del pino;
el cristal prisionero donde naufraga el cielo en cárceles de
frente
(estrecho continente para la ancha pena de la sonrisa tuya).
Rosa eternal, crecida, por un hondo dolor sobre la madrugada:
sus pies son el misterio profundo de la arcilla,
donde su nombre grita desde el mudo lenguaje de las otras
palabras,
de los otros vocablos caídos en el fondo subterráneo del mundo
donde la noche es siempre solitario tambor de sordas
soledades.

Ahora, como siempre: en medio de esta isla, profético,
soltando,
sobre un cielo noctámbulo mis pájaros mejores,
mis propias mariposas nacidas de la lámpara despierta del
silencio,
en soledad perenne de desbordada angustia de vida delirante,
sin vendimias azules,
ni palomas de estrellas sobre el cristal viajero de los cielos
ahogados.

No es en la vieja tierra de tus mansos sollozos de aborígenes
penas,
de un adánico llanto por la mano piadosa del olvido enterrado:
¡Es en la arena muda! ¡La sideral arena
de una continua vida de destrozada entraña de carne palpitante,
alzada por encima de tu sonoro clima de externas amapolas,
de tu sol de las once que hace albina la lumbre de tus propios
paisajes,
de la tierra sedienta de tus labios ardidios en los surcos sin agua!

¡No es tu cielo ese cielo terrible que yo digo! ¡No es tu noche la
noche

de las trémulas hojas de tu primer almendro de sombras
 florecido!
 ¡Yo estoy hablando ahora, desde mi propia tierra de amor y de
 huracanes
 junto a la firme llama, total y arrebatada,
 de una íntima hoguera donde todas las cosas
 —maravillosamente— retornan hacia el punto de su esencia
 primera:
 Tus metales; tus vientos; el dios de tus espigas;
 tu eterna tierra encinta donde germina el mundo su sonrisa de
 aromas;
 la espuma de tu mar anclado junto al ronco clamor de tus
 orillas;
 los varados luceros de tus noches maduras;
 tus nardos donde puso la pena de la luna el hielo de sus polos;
 el sol de tus claveles —fanal con que se enciende—
 la aurora vegetal que alumbra en tus jardines.

Todo torna de nuevo.
 Todo vuelve rodando hacia mi oscura isla antípoda a la tuya,
 donde la sombra tiene los cabellos muy largos y el dolor es un
 niño,
 descalzo, correteando, sobre un suelo sembrado de guijarros de
 vidrio.

¡Trópico mío, ahora; para siempre: llorando! Llorando para
 siempre
 desde el grito clavado de sus cedros más altos,
 desde la abierta herida del flamboyán agreste
 que solo se desangra herido por los propios puñales de sus
 ramas,
 frente al mango que vino desde el anciano Ganges de las nobles
 pagodas,

y en cuyo ser descansa, como atávico signo de la herencia más
pura,
la misma sombra ancha de un colosal y simple paquidermo de
hojas.

¿En qué negro horizonte solo y únicamente poblado de ladridos,
por ti balan ahora, lo mismo que corderos,
mis humanos vocablos en delirio?

*Versión de la revista *La Poesía Sorprendida* 1943.



GAYUMBA

I

Siempre al lado de un árbol
de venerable sombra centenaria,
donde la paz agreste parece que convida
a reposar un poco:
Bejuco y yagua seca,
rama en arco tendida para la tensa cuerda
con la que se construye
su tosca arquitectura de guitarra aborígen
en medio de la selva,
en medio del silencio donde ella convoca
las voces más antiguas
que moran en las hondas entrañas de la tierra.
Vegetal y telúrica
como los mismos árboles frondosos
debajo de los cuales se cobija,
su existencia sumisa
de material objeto inanimado,
transcurre dócilmente sometida
a las eternas leyes naturales
que rigen para el mundo

sencillo de las cosas.
Pero a veces, no obstante,
su sensitivo corazón se enfrenta
a un supuesto problema de raíces,
de irrazonable sumisión al agro
que la obliga a existir encadenada,
sujeta para siempre al mismo sitio
en que hubo de ocurrir su nacimiento.

Terrible instante en el que surge entonces
el conflicto ancestral de la tragedia,
de la lucha interior establecida,
entre sus viejas ansias andariegas
y la impasible realidad que impone
la evidente verdad de sus cadenas.

Pero a pesar de esos impedimentos
vigorosos que la tienen sujeta
al férreo despotismo de la tierra,
ella se evade, cuando, socorrida
por la criolla mano que la arpegia,
logra por fin dar paso a las bandadas
de los canoros pájaros que habitan
en su sonora lengua de cabuya.

Liberada, y a la vez, impulsada
por las oscuras fuerzas que emergen de su voz,
ella conquista en pleno
el dilatado cielo de la noche
y sus innumerables lejanías.
Lejanías que son siempre el anhelo,
el sueño idealizado que se aloja en lo hondo

del alma siempre triste y solitaria
de las cosas inmóviles.

Y dueña ya del mundo cerrado de las sombras,
su voz se expande entonces, como una araña
inmensa,
feroz devoradora del silencio nocturno.

¿Pero qué cosas dicen, los mugidores toros
que braman por su voz?
¿Qué conseja relatan esos toros oscuros
que salen desde ella a pacer en la noche?
Por el único río de música que tiene
los negros toros bajan a beber en el agua
musical de ese río,
también bajan los pájaros que habitan en su lengua
sonora de cabuya.
Los que no bajan nunca, son los canes del eco,
porque estos, aullando, se diluyen
en los lejanos cielos de la noche profunda.

II

Demasiado ignorada, demasiado
para ser incluida en un poema,
sin una edad precisa, sin un tiempo
lo suficientemente esclarecido
para poder entrar al tiempo de la historia,
ella misma refiere, sin embargo,
la accidentada historia de sus días,
con una voz tan lenta y fatigada
que parece que viene rodando desde el fondo
de la insondable noche de los siglos.

en las viejas hogueras de la sangre;
de abalorios sin precio que pendían
en vistosos collares desde el cuello
de las hermosas venus hotentotes
de cimbreantes caderas
y lúbricas miradas,
y de los propios dioses tutelares
que fueron desplazados
por otros nuevos dioses que vinieron
con el trueno del rayo entre sus manos
veloces y rapaces.

Esas son las historias que ella narra,
porque afloran a ella desde el fondo
del suelo adolorido en que se asienta;
en su amplio lenguaje de tinieblas
todavía no ha nacido la palabra aleluya.

¿Africana o taína? Eso no importa
para el hondo sentir dominicano
que la lleva en su sangre asimilada,
como lleva el rumor del viejo Ozama,
del Yaque musical o del Higüamo
silencioso y profundo.

El asunto es que suene, como suena
tan quejumbrosamente
en las entrañas de la tierra nuestra,
fabulando el sonido con su voz más antigua,
para hacer más hermosa y sensitiva
la rosa inmemorial de la leyenda.



EL ÁNGEL DESTRUIDO

(1950-1952)



BARRO INAUGURAL

Solo una gran piedad
 pudo crear los mundos eternos sin hastiarse
 solo una gran ternura
 pudo sembrar la vida, como se siembra un árbol,
 la jubilosa voz de una semilla.
 No pudo ningún otro posible sentimiento
 alzar nuestro destino,
 nuestra meta mayor ante la eternidad
 absorta que nos mira desde sus hondos ojos
 de solitaria estatua preferida.
 Una gran campanada resquebrajó los altos
 cristales de la noche, y chirriaron los goznes,
 los metales mohosos de la casa vacía,
 donde cavaba Él solo para enterrar el agua
 sin rostro de su llanto, de su íntima noche
 caída hasta la angustia.
 Aún no transitaba por el cielo el relámpago
 de pluma de los pájaros, ni el viento, todavía,
 era un sepulcro abierto para enterrar palabras,
 voces precipitadas desde los rojos labios
 donde el amor fabrica muriendo sus campanas.
 Ignorado de sí —lo mismo que la nada—

clamaba por un nombre; por una voz tan llena
de sangre que lo hiciera; a sus pies, el silencio
del orbe era un gran río de soledad cayendo,
un mudo serafín de bronce arrodillado:
—quiero un labio que esculpa mi nombre sobre el aire
(dijo al fin sollozando);
un eco que responda preciso a mis palabras.
No es posible que exista sin que me piense nadie.
Mi realidad se hastía de ser para mí solo.
Sin otro que me sienta temblar, yo no sería...
Entonces fue la infancia desnuda de la luz,
su limpio nacimiento;
entonces, su niñez: anécdota de espejos;
memoria de la lámpara de bruñida sonrisa
de vidrio adolescente, de ángel verdadero
que delata el relieve más fino de las cosas.
Entonces fue su aliento un solo resplandor
de fuego bajo el agua, en medio de la noche
sin alba de los peces;
ninguna fuerza pudo quebrar su pensamiento,
su soplo forjador
crecido como un brazo de luz en las tinieblas,
en el ojo vacío
donde moldeaba el tiempo su estatura de sombra,
la forma de su rostro perdido hasta la ausencia.



MENSAJE A LAS PALOMAS

Id ahora a decirles a todas las palomas
que el milagro de Dios
nos estaba esperando oculto bajo el agua;
que además de la luz —viva entraña del verbo—
igualmente fue el beso,
la caricia del alma de su sombra en las algas,
en medio de la noche sin alba de los peces.
Id ahora a decirle, de igual modo que antes,
que cuando la luz fue la primera sonrisa
caída de su espejo, algo dejó de ser
en torno de la luz:
que algo rodó en pedazos debajo de su lámpara.
También id a decirle, de igual modo que antes,
que el solo hecho de ser
es ya una destrucción;
porque solo no siendo es posible lo intacto.



ADÁN DE ANGUSTIA

Ahora tengo el anillo cerrado de su nombre
como una gran cadena sobre mi corazón.
Todo él me circunda y sin embargo lloro
vencido por la angustia de su cielo de siempre,
el dolor de su pecho cubierto de raíces,
la inmóvil permanencia de su mundo inmutable
donde todas las formas lograron su presencia,
su realidad concreta de cosa terminada.
Queda mi incertidumbre destruida a la orilla
terrible de su orbe, donde ya nada empieza,
donde nada comienza después de sus palabras.
Ahora soy el objeto final de sus bondades.
El más noble fantasma que colma su deleite.
Sin embargo yo tiemblo de horror, yo me devoro
sepulto en este clima salido de sus manos,
en medio de esta arena caliente donde Él puso
toda su enorme fuerza para inventar el aire,
la noche de esa fruta donde madura el alba.
Aquí fueron los peces, las palomas, los nardos;
aquí, los caracoles primeros, los corales
de enrojecida voz despierta entre las aguas.
Aquí fueron las rosas lo mismo que los pájaros.

Ningún ángel valiente traspone mis umbrales.
El mismo fuego aún es propiedad del cielo:
fundo de los demonios que pueblan la intemperie.
Solo el gran abandono del tiempo está conmigo.
¡Oh Señor de la voz donde nacen los soles!
¿Qué quieres Tú de mí que me dejas tan solo
clavado ante el silencio de esta atmósfera tuya,
donde ningún esfuerzo derrumba las murallas,
la gran pared eterna que limita tu rostro?
¿Eres solo una máscara cubriendo su misterio;
una piedra cerrada donde sueña mi infancia;
aquella oscura infancia que en tus manos no tuve?
Algo me está por dentro creciendo como un río;
algo me está quemando como una llama viva:
siento como una espada caliente entre mis ingles.
Una espada de fuego que incendia mis entrañas.
¿Qué puedo hacer ahora de nuevo con tu nombre
después que estas palabras cayeron de mi árbol?
¿Qué puedo hacer de nuevo con ellas, Alfarero?
Ya estoy lejos del barro con que te entretenías;
ahora soy un brazo que siembra una semilla,
un gran surco despierto, una luz en vigilia.
¿De quién entonces, pues, aquella oscura voz
que clamando me nombra desde la oculta rama
de mi propia costilla? ¿De quién aquella voz;
aquel hondo vagido que resopla en mis venas
profundo como un río? ¿Quién por mí está clamando
erguido ante el abismo de su propio delirio?
Su nombre lo presiento tras un cielo de hojas
mordidas por los dientes pequeños de la brisa,
ante la voz terrible de una anciana serpiente,
en la era redonda de todas las manzanas.



PRIMERA SOLEDAD

En esta soledad
en que el agua construye sus estatuas de espuma,
sus altos capiteles de yodo edificado;
en esta soledad
en que la luz desata —Narciso enamorado—
su rubia cabellera,
la noche sin aurora celeste de los peces
madruga en los corales, en el cielo de piedra
que levantan los párpados pequeños de las ostras
para mostrar la lumbre helada en que tiritita
el rostro de una gema por el fervor lograda:
hay guitarras profundas, solitarias, llorando
sobre manos oscuras, sobre pechos en donde
las madrêporas abren su gran noche de olvido.
La luna también canta
sobre las anchas playas donde el mar se arrodilla;
una sola columna sostiene su abandono
de gran hoja dormida,
varada en el silencio de sus propias orillas.
En esta soledad primitiva del mar
cien mil finas espadas, caídas de los astros,
se clavan en su espejo,

rígida cuenca enorme de enceguecida luz
de níquel estancado,
donde la verde tribu del óxido no grita,
no solloza, no tiembla.
¿Dónde tu clamorosa muchedumbre se esconde
aullando de pavor
hasta ignorar el nombre
del Dios por quien delira?
¿En cuál torre del eco sucumben tus campanas?
¡Oh lámpara de agua, colonia de la noche
donde no habita nadie!



SEGUNDA SOLEDAD

Tengo la soledad segunda entre mis manos
como una ciudad muerta, como un cielo olvidado
donde no van los pájaros de la luz o del beso
a picotear los altos racimos donde cuelgan
las apartadas uvas del silencio;
desolada y terrestre soledad en que habito:
mi Edén, mi Paraíso, mi tálamo de espadas.
(Aquí ahora mi llanto más íntimo, la fuente
de desatadas aguas que me inundan por dentro,
de los ríos que vienen muriendo por mis ojos).
Esta no es la ventana para mirar lo eterno;
aquello que limita mi ser y lo destruye
en dos tiempos de sombra para una misma angustia.
Prefiero la difunta ceniza de una rosa,
la huella de otro viento,
de otra ciudad de nuevo mil veces destruida;
pero que nada sea perenne en torno mío:
ni la piedra, ni el árbol,
ni el eco de tu voz lleno de eternidades;
que nada tenga un mismo destino prefijado
de antiguo por tu mano;
que el río un día de nuevo retorne con sus aguas

profundas hacia arriba, hacia el cristal desnudo
de su primera gota;
que el origen no parta tan solo de tu Verbo,
sino que muchas rutas distintas se eslabonen
para llegar al hombre:
hasta esa soledad que sufre y que camina.
No es tu mundo de objetos amables lo que quiero:
me es igual la presencia de todas tus estatuas
de luz percedera;
quiero algo que sangre en mí siendo de otro,
para que así mi llanto
también tenga otros ojos.



EVA RECIÉN HALLADA

Tú que habitas ahora
despierta sobre el agua rota de los diamantes;
tú que habitas ahora, como una llama viva,
lo mismo que una lámpara desvelada en su propio
mundo de claridades,
no eres la luz terrible,
la fulgurante luz que llega de los cielos;
eres la espada fina, la silenciosa espada
que siega las tinieblas, el más agudo grito
salido de las mismas entrañas de las sombras;
eres el río de siempre cubierto de cenizas:
el río inevitable
donde el amor aguarda la primitiva lumbre
que quiebra sus metales,
sus desoladas selvas, sus ópalos del aire;
eres la iluminada,
la solitaria esquiva que defiende los bronces
de la noche y del alba:
radiante forma anclada de los vivientes orbes.
Traspasado por ti derrumbo mis orillas,
hago rosas de hielo de mis propias palabras.

—¿En cuál lecho de otras diferentes arenas
creció de soledades la noche que en tus pulsos
moja en agua celeste su roja llamarada?

En la ola de vidrio furiosa que te envuelve
lo mismo que una torre,
como una firme hiedra de sed devoradora,
impelida por ciegos arcángeles, te lanzas
más allá de las nieblas, hacia los nuevos soles
que laten en tu sangre llovida de amapolas.

—¿Es el amor que esperas
erguida en el umbral de la rosa más alta,
de la encendida rosa que el verano calcina
con sus labios de fuego?

Debajo de la muerte total otras campanas
desesperadas claman; claman otras campanas
debajo del silencio donde crece el hastío
como una flor helada.



PRIMERA EVASIÓN

Lo redondo es un ángel
caído en el vacío de su propio universo,
donde la justa voz de su verdad resuena
llena de eternidad cerrada y de infinito;
lo redondo es un río; maravilloso río
que sale y que retorna de nuevo hacia sí mismo,
hacia la hueca nada donde su ser gravita;
por su forma la lengua de Dios está explicando
su gracia preferida, la imagen con que muestra
la sombra de su rostro desnuda sobre el mundo:
—¿No es su ley la que esculpe la manzana del orbe;
el anillo que cierra el pedestal del árbol,
la cabeza del hombre?
Lo redondo es un ángel cautivo que no sueña,
que no se translimita de su cerrado cielo:
Un ángel prisionero que está sujeto a Dios
como un objeto más, de amor, entre sus dedos.



PARÉNTESIS EXEGÉTICO

La conceptual presencia del ángulo no existe en ningún sitio propio de la naturaleza; porque el ángulo es solo una invención del hombre, una extraña ocurrencia de lo arcano que incita a los actos que advienen de la mitad oscura que oculta en sus meandros la humana inteligencia. El hombre lo inventó pensando suplantar con la mágica forma de ese nuevo instrumento, la angélica figura del mundo en que habitaba: rebelión inicial de su mente creadora; se anticipó con él a la hazaña del fuego, y fue, sin duda alguna, su pecado primero, cuando con su existencia se interpuso a la gracia del ángel que interpreta la obediencia divina; geométrica blasfemia que el relámpago inicia en los cielos proscritos donde mora el rencor. No habrá paz en la tierra en tanto que tú existas, mientras perdure el gesto que tu rostro eterniza. ¡Oh diabólico fruto de la soberbia humana, en ti grita la herencia de Aquel que en soledad puso un mismo destino para todas las cosas!



SEGUNDA EVASIÓN

—¿Quién encendió la lámpara
perenne de la rosa?
¿Quién desató el pequeño enigma de la hoja?
Cuando el ángel pregunta ya deja de ser ángel.
La ignorancia es la espada desnuda que defiende
su rosa de inocencia:
la rosa que no sabe ella misma el origen
terrible de su nombre,
de su propio fantasma cerrado como un nudo
de aroma hasta la muerte.



DESVELADO CAÍN

A la orilla del aire
yo destruyo la imagen delgada de los pájaros
solitarios que habitan caídos en el cielo
pequeño del rocío, de ese húmedo espejo
donde todas las cosas del alba se derrumban,
se hunden en el amplio brocal en donde el trino
sonámbulo se hermana con la niñez del agua.

A la orilla del aire
yo destruyo la rosa del rosal, la azucena,
la nube y la guitarra que también es alondra
nacida en una nueva presencia quejumbrosa
de metales heridos de amor en lo más hondo.

A la orilla del aire
yo destruyo el aliento del ángel, la paloma.
Nada queda en mis manos que no rompa en procura
de mí mismo en el fondo, en la íntima entraña
sepulta de las cosas, donde lo eterno esculpe
su máscara de siempre, su soledad más honda.

¡Oh Padre imaginado
tras el terrible cielo por donde pasa el viento
del misterio soplando la voz de sus campanas!
—¿Qué cosa es que supongo

hallar tras de tu niebla? ¿Cuál enigma vislumbro
oculto tras la negra semilla de tu árbol?
La noche milenaria que enroscada descansa
sin rostro entre mis huesos, la noche que me oprime
por dentro y me devora: ¿no es la misma que cava
con sus dedos de sombra su abismo en los objetos?
Por ahí desemboco rodando hasta la gota
donde la más antigua de mis voces descansa.
Pues bien, ahora escucha.
—Si Tú el cálido aliento de tu pulmón soplaste
para forjar del barro miserable la estatua
preciosa de la vida,
yo levanté mi puño valiente hasta tu rostro
para inventar la humana presencia de la muerte.
¡Posible claraboya para la humana fuga!
¡Única puerta abierta frente a tu omnipotencia!;
desde entonces yo he sido también un dios creador,
singular arquitecto de ese orbe distinto
donde el fecundo cielo no se hizo luz del verbo,
sorda parte de un mundo creado por mi mano
donde la intacta sombra es virgen todavía;
porque el sellado vientre de la muerte es estéril,
y en él no cae simiente para el posible fruto.
Por ello únicamente es que no he sido Dios.
Sin embargo yo quiero que comprendas ahora
que no es Abel quien muere
herido por el golpe salido de mi brazo,
si es en verdad que existe
la vida de lo eterno para los seres justos;
con su muerte violenta yo solo he destruido
la forma permanente del símbolo primero.
Quiero decir: la vida; igual me hubiera sido
la presencia del alba; lo inmutable del cielo.



GAVIOTAS ENTERRADAS

(1936-1940)



TIENDA DE FANTASÍAS

En la enorme vitrina de los recuerdos tengo todo un tramo repleto de relojes parados; relojes sin agujas para marcar el tiempo, todos llenos de sombras y sonrisas ausentes; un retrato de Gog con la barba crecida, un girasol, un chiclets, una esperanza muerta, una postal de Niza y un calendario azteca, la epidermis de Tauro con palabras escritas, un alfabeto escita, un automóvil persa y un verde perro etrusco que le ladra a la luna, como todos los perros que saben ser poetas. En la enorme vitrina de los recuerdos tengo muchas cosas oscuras como noche sin cielo; por ejemplo: yo tengo una rosa de trinos y un paisaje de vientos, un zurrón de quimeras lleno todo por dentro de besos arrugados como momias egipcias, un nido de gardenias con música de abejas, una corbata vieja, una «crisma» perfecta de un niño sin infancia escondida en el fondo de una oscura botella, un par de garabatos con tatuajes de sombras, sordos ya del silencio profundo de los pozos

mohosos por la herrumbre de luz de las estrellas;
una luna de cuentos; una luna que tiene
blandos labios de rosas para decir canciones;
un dado con tres doce, un caracol marino
forjado con la aurora salobre de las conchas
y una pluma de fuente para escribir pasquines
al ángel de la brisa que se come las hojas.
Como se puede ver yo tengo muchas cosas:
un cielo estremecido, una herida de versos
que sangra noche y día más allá de la carne
de la palabra alondra, un alba deslumbrada,
una campana enorme que suena entre la niebla,
un florero de peces que saturan el aire,
una voz tan pesada que parece de piedra,
un hipocampo iluso, un sueño congelado,
la llave de la caja terrible de Pandora,
un bolso con los treinta dineros de Iscariote,
la pipa y el tabaco de Simbad el marino,
con el humo viajero de una canción salada
llena de latitudes exactas y mareas.
En la enorme vitrina de los recuerdos tengo
todo un mundo poblado de diferentes cosas,
y si acaso no he sido robado por la gente,
puedo decir que tengo desde un estuche enano
lleno de primaveras,
hasta un dragón azul que solo come rosas.



FÁBULA INEFABLE DE LA NIÑA LOCA

Tambor. ¡Tambor! Hermana: yo no quiero ser tambor;
me duelen demasiado los ojos en el agua
desde que tengo abierta esta herida en el viento.
Una vez me sembraron el alma de recuerdos
y crecí como un árbol en la noche del tiempo,
en donde está cayendo
como una sola gota, para siempre, el silencio.
Tambor. ¡Tambor! Hermana: yo no quiero ser tambor.
Aquella dulce niña, que, como yo, tenía
dos blancas manos locas tendidas a la luna,
daba pena mirarla;
porque solo decía que la luna había vuelto
sus manos mariposas:
mariposas de sueños que volando se iban
por el cielo remoto de las lunas difuntas.
Tambor. ¡Tambor! Hermana: yo no quiero ser tambor.
Me basta con mi ancho corazón
de voces,
mis caminos de humos enterrados,
mis campanas de nieblas doblando entre las sombras;
me basta con mis ojos sonámbulos que miran
cómo crece de trinos la bondad de mis manos.

Tambor. ¡Tambor! Hermana: yo no quiero ser tambor.
—Lo comprendo; es posible: tú lloras porque piensas
que yo no estoy presente;
supones que me he ido hacia los lirios rotos
heridos por el aire,
hacia el mundo de hojas que desangra la noche;
supones que me he ido —toda desvanecida—
hacia el cielo sin lumbre en que devoran albas
tardías los gusanos.
Yo estoy ausente, sí:
ausente de la carne
sin ensueños ni sangre de tus huecas palabras,
más allá de tu muerta nominación de cosas.
Yo estoy ausente, sí,
de tu forma distinta de pronunciar alondra,
sepultada en un pecho nublado por el llanto.
—Tambor. ¡Tambor! Hermana: yo no quiero ser tambor.
Ahora que dolencias de sombras angustiadas
ascienden por el agua desnuda de mis ojos
y mi herida no sangra en la carne del viento;
ahora que estoy hecha de cosas enterradas
y estoy henchida toda
de estrellas como un río,
no dejes que se vayan:
Tengo miedo de un ángel oscuro que las llama.
Tambor. ¡Tambor! Hermana: yo no quiero ser tambor.



LOS CABALLOS DE SURO VIENEN POR EL VIENTO

Ya llegó la vendimia
de los frutos sin nombre,
en donde en cada germen
que oculta la simiente
hay un hálito macho
gozando una doncella;
yo la vi desde el árbol
donde el viento —nodriza
de los retoños nuevos—
mece la dulce cuna
de las ramas más altas
y ha llegado tan solo
porque el rosal crecido
tiene todas sus manos
llenas de voces blancas.

—¡Madre:

los caballos de Suro
vienen por el viento!
—Un paso más, y ahora
descolgarás la luna
sin que nadie nos diga
que es una voz distante,
una gardenia muerta,
o una canción redonda

clavada sobre el cielo.

—¡Madre:

los caballos de Suro
vienen por el viento!

—Únicamente aquellos
que todavía no saben
que la tierra es muy grande
y solo de unos pocos,
únicamente estos
no abrirán su piedad
a la mirada triste
de los niños sin pan
y los perros sin dueño.

—¡Madre:

los caballos de Suro
vienen por el viento!

—No le digas a nadie
que los pinos son hechos
con el canto crecido
de los pájaros muertos;
no le digas a nadie
que la tarde te hastía
con su mirada enorme
de bestia fatigada:
La humanidad se cansa
de la desdicha ajena,
del llanto que no brota
del fondo de sus ojos.

—¡Madre:

los caballos de Suro
vienen por el viento!

Y está lloviendo siempre

—¡siempre!—

una lluvia de cielo
por la noche del aire.



ODA AL PINTOR GILBERTO
HERNÁNDEZ ORTEGA

Donde lo nuestro, sí; donde lo nuestro
por más propicio y universal habita:
allí tu mano enarbolada y sola.
Allí tu mano fabricando un nombre,
una patria mejor, por más humana,
en lo eternal de su raíz más honda.
Allí tu mano levantando un orbe
a golpe de pincel y luz creadora,
con el color por solo tu lenguaje:
tu idioma personal para los hombres.
¿Quién te interroga a ti?
¿Quién te pregunta
por esa noche que tu voz refiere?
¡Oh ángel de lo innombrable!
Oh dios oscuro
cuya historia relata lo terrible,
lo espantoso de un mundo que es de angustia;
de un mundo que es el mundo, y no su farsa,
su mentira ancestral, su rostro inútil.
Tú estás allí también; tú no te evades
de ese oculto morir; mas no comprenden,
no saben lo que dices de esa muerte,
que no es la muerte última del hombre;

sino la que morimos cada día,
cada instante de ser, cada minuto.
Estoy hablando ahora de esas muertes;
de esas diarias muertes que vivimos,
tan continuadas como permanentes.
Muertes únicas estas que acontecen
encima de la tierra y junto al árbol;

inmediata a las cosas que nos miran
y a las terrestres cosas que miramos;
pero a las cuales nunca poseemos
en su total y mágica existencia.
Allí tu mano sola, sin embargo;
allí tu mano sola procurando
lo que no todos nombran por su nombre.
Quiero decir: aquí esos objetos;
esos útiles simples que se hacen
para ocultar el rostro verdadero:
el rostro de las lágrimas de fuego.
Tú las hallas allí; tú las delatas
con tu honradez de artista que prefiere
antes morir que traicionar la vida.
Esa fuerza telúrica que pasa
huracanando en ti la forma expresa,
de la cual se ofrece tu mensaje
como una carcajada o como un grito.
Allí tu mano sola, sin embargo;
allí tu mano sola procurando
lo que no todos nombran por su nombre:
ese fantasma lívido, esa sombra
que siempre irá delante de nosotros
como una acusación o un anatema.
Atrás queda la noche; los que niegan:
los que no saben que tú estás gritando
por el dolor de un mundo que se quiebra.



PROPIEDAD
DEL RECUERDO

(1940-1942)



PROPIEDAD DEL RECUERDO

Sujeto por designios redondos como anillos,
como aros profundos enroscados en torno
de su propia osamenta,
entre una muda carne cerrada y sus marfiles,
sin huir de la orilla, de la cálida tierra
más próxima a la noche primera de su muerte;
desesperado e inmóvil,
hecho de insomnes pájaros azules y cadenas;
sin el más leve atisbo de un objeto de fuga
real, de una salida para su sed distante
de labios y gargantas, sino de un agua última,
espiritual, compuesta de espacios y cometas;
seguido de una huella descalza, de una sombra
que reclama el sonido de su voz más antigua;
entre edades por donde desemboca jadeante,
sudoroso, corriendo, el furioso caballo
de nieblas que galopa debajo de su instinto,
debajo de la espuma sin rostro de la ola
soberbia que se bate contra el rojo arrecife
de su pulso más hondo;
exactamente entonces, por igual, como siempre,
en el instante mismo en que estrujó sus ingles

calientes sobre el orbe, sobre el mundo pequeño,
todavía sin nombre de una sola manzana;
hora oscura en que el ángel
enardecidamente se arrancó los cabellos,
y no tuvo en su angustia más cómplice de lumbre
que el espejo del agua, que el cristal donde siempre
se ahoga una paloma de amor, o una guitarra;
en ese mismo instante de estupor solitario,
de uñas recién crecidas, de íntimos dedos largos
con que el terror procura descubrir una estatua
de silencio en el barro;
en ese mismo instante fue subiendo a su árbol,
a su más propia rama donde latía oculta
la gota milenaria de su última sangre,
de su más vieja tribu de lágrimas reunidas.



ÁNGEL CAÍDO

¿Quién eres tú que pasas por la desierta orilla
de la noche gritando?
Yo estoy solo en el mundo y te escucho de lejos,
en la hora precisa en que se vierte el llanto,
cuando para llorar debajo de las piedras
buscamos otros ojos, otras lágrimas mansas
como dóciles ríos.
¿Quién eres tú y qué mano asida por la ira
te arrojó entre esas sombras,
sobre esa solitaria ribera en que te miro?
Caído de lo alto —vertiginosamente—
como un trino sin alas, como una flor vencida;
caído de lo alto, demonio solitario
o desterrado arcángel
por la gracia de Dios sobre mi propia orilla;
de este o de otro cielo,
tú que tienes la misma soledad con que lloro,
con que pueblo mi abstracta muchedumbre sombría,
mi humanidad sin nombre, todavía sin alba.
Ahora, sin embargo, quiero existir sin ti,
sin los otros, sin nadie
en medio del silencio de mi mundo de hojas,
donde el viento desdobra sus cabellos de mimbre,
mientras la noche canta con una voz antigua.



DEMONIO DE CENIZA

Demonio de ceniza,
criatura a quien el fuego le dio su último nombre.
¿En cuál cerrado anillo del humano existir
se debate furiosa tu impotencia;
ese golpear insomne de campana que clama
sepulta en sus tinieblas;
grito de bestia herida que muriendo denuncia
desesperadamente su agonía;
esa su oculta muerte merecida?

Demonio de ceniza
a quien el dulce viento de Dios no eleva al cielo,
mar que cierra en sí mismo sus últimas orillas.
¿Cuál encono terrestre oscurece la noche
de tu cielo por dentro? ¿Es que anhelas acaso
cambiar a voluntad la sombra de tu origen,
o suscitar laureles aún sin verdecer
para tu torva frente?

Demonio de ceniza:
cielo apartado y lejos de lo humano como el cielo.
La gloria es un rumor que llega desde fuera,
un mar enardecido cuyas olas se abaten
al frío pie sin vida de las mudas estatuas;

eco donde la noche terrible del olvido
también irá cayendo;
nada más que un rumor:
un lejano rumor salido de otros labios,
de otras almas en paz donde un júbilo niño
apenas ilumina la luz de una sonrisa.
Demonio de ceniza:
presencia y realidad de lo humano incompleto;
no hay cielo que soporte gozoso tu osamenta,
el hielo de tus manos;
no hay cielo que se mire sereno por tus ojos;
aún aquel en que crecen desmesuradamente
las semillas del odio:
cielo para la muerte de la lealtad del hombre.
Demonio de ceniza:
a quien el dulce viento de Dios no eleva al cielo:
saber no es repetir
únicamente el nombre terrestre de las cosas;
tampoco es recoger como un mendigo el eco
caído de otras voces,
ni cosechar en huerto de ajena sementera
una escuálida fruta en donde lo infecundo
fermenta su amargura;
saber es sepultar un nombre en lo más hondo,
tal vez si una palabra de amor únicamente.
Porque en verdad, saber
es tan solo el pensar de un dios desmemoriado
que tiene que inventarse continuamente el mundo.
Hay una edad que pone solícita su tiempo
de amor al crecimiento;
no se salta de esta ni se engaña tampoco
lo que viene del árbol madurando por dentro:
aquella savia suya de vigoroso aliento

que lo ensancha en conciencia y en plenitud de fruto;
él lo sabe de siempre;
pero el árbol jamás lo precipita:
he aquí toda la fuente de su sabiduría;
su realidad no excluye para ser la presencia
de ningún otro árbol igual que le acompañe;
él es, y goza en ser
de un modo leal y suficiente.

Demonio de ceniza:

tú no estás en el árbol,
en esa edad sensible de los brazos abiertos;
no te das generoso como la espiga al viento,
y es por esto que hay algo que te niega a ti mismo
por la voz cuando cantas;
algo amargo que a todos te denuncia lo mismo
que el cristal de un espejo;
algo oscuro e insondable en tu propio sentir,
que te hace morder con diente de rencor
tu propia sedienta primavera.

Demonio de ceniza:

Nada vale en la tierra
si no ha sido amasado con nuestra propia sangre;
nada es útil al hombre,
si no sale de él por la piedad y el llanto.



MONÓLOGO DEL HOMBRE INTERIOR

Allí donde acontece
la humana concurrencia
del cielo y del infierno:
allí está la morada
terrible de mis días,
el finito universo
poblado por mi ser;
en él la gratuidad
del orbe me sostiene
generoso y me alza
junto a un núcleo de oscuros
fantasmas que encadenan
su nombre con el mío.
¿Quiénes son? O mejor:
¿Por qué son de esta forma
y no de otra presencia?
¿Qué hacen ahí, pudriendo,
nuestra carne más honda
de temor y de hastío?
¿Por qué rondan por dentro
de lo que soy y pienso?
¿Quién le presta esos cuerpos

de hielo transparente;
esa fragilidad
de vaso y contenido,
en que toda su hábil
mecánica consiste?
Ángeles o demonios
poseen un mismo origen,
una misma extremosa
soledad en que mueren.
Nada a ellos me une
a no ser lo terrestre,
a no ser lo inhumano
de lo humano, tal vez;
es decir: todo aquello
con que, por cobardía,
deseamos ocultar
lo que ya sospechamos
de esta absurda existencia
a la cual insistimos
—para justificarla,
quizás, únicamente—
hallarle una razón
valedera y profunda;
ese cabal sentido
que ella en verdad no tiene.
Mas el miedo, el terror
de decirnos tal cosa,
en una sola forma
decidida y valiente,
nos hace construir
mentiras tras las cuales
el vacío abre el ojo
de su abismo de siempre,

de ese hueco en que el tiempo
desesperadamente
se despoja del alto
prestigio de su nombre,
para ser solo espacio
de ciega eternidad.
Todo es puro lenguaje:
dialéctica tan solo;
porque en el drama eterno
de este suelo elegido
nada existe a no ser
nuestra propia existencia,
nada es sin nosotros,
sin ese testimonio
mediante el cual abrimos
la desolada puerta
de una sencilla hipótesis,
desde la cual volvemos,
cada vez que lo hacemos,
sangrando hacia nosotros.
¿Por qué ese afán entonces
de complicar las cosas;
de decir, por ejemplo:
que el Bien es que nos salva,
que el Mal es que pierde
nuestra alma en su noche?
Nadie sabe la exacta
diferencia de ambos,
dónde el uno termina,
dónde comienza el otro;
porque realmente hablando
hay solo un existir
espontáneo, gratuito,

crecido como un árbol
en medio de las sombras
densas de lo insondable;
lo demás lo inventamos
para mejor morir
de nuestra última muerte.
Sin embargo, morimos
de la muerte del Otro,
de Aquel a quien hacemos
superior a nosotros.
¡Oh absurdo determinio
de una razón sin causa!
No hay que enturbiar el agua
para hacerla más honda;
hay que ser, solamente,
lo que hemos sido y somos:
un hombre, que es lo mismo
que decir: una angustia,
un total desamparo
ubicado en el centro
de una gran superficie,
en donde abandonados
morimos de una muerte
cotidiana, sin nombre;
de una muerte a la cual
tan solo nuestra propia
soledad justifica:
humana soledad
del hombre y de sus días;
fuente de luz, caverna
donde el dolor esconde
su inmemorial vergüenza
de ser y de haber sido:

es aquí donde el hombre
físicamente nace,
y es aquí donde el hombre,
físicamente muere.
Todo afán es inútil;
toda ilusión un crimen.
La misma libertad,
con todo y su prestigio,
no es nada suficiente
para este martirio;
porque aquí es donde el hombre
—libre o encadenado—
agoniza sus días;
su condición externa
no lo exonera en nada
de lo que lleva adentro.
Si él es, no es porque quiere;
sino porque obedece
al igual que el guijarro
lo que ordena la honda:
a ese inicial impulso
que lo lanza y más luego
lo abandona a lo incierto
de un oscuro destino.
Oh amor divino, cuya
fatal naturaleza
no es hecho al sentimiento
de una lealtad perenne.
Pero ahora pregunto:
¿Quién inicia la marcha
que conduce al guijarro?
¿Quién sostiene la honda?
¿Dónde la impenetrable

realidad del hondero?
(Aquí una interferencia
por algo indefinido,
que no es todavía,
sonido ni silencio).
Pensar —¡Oh, sí!— pensar...
Pensar es encender
una lumbre por dentro,
con la cual el misterio
no acierta a revelarse
desnudo a nuestros ojos,
por no ser suficiente
la lámpara que alzamos.
Sentir es diferente;
porque sintiendo hallamos
su rostro en las tinieblas;
el rostro jubiloso
de Aquel a quien no llega
nuestra mente explicarse:
porque no es propiamente
al humano concepto
de sonido o silencio
que responde su Nombre;
sino al de una verdad
sentida interiormente.
Si todo aquí es gratuito
es solo por su mano
tan pródiga en dar siempre
al hombre lo que este
más tarde vende al hombre;
mas no es suya la culpa
que se cambien las cosas,
que se adúltere el vino

para culpar la vid.
Él solo hace la uva,
la colma y la sostiene;
el vino lo hace el hombre;
el hombre lo trasiega
de vasija en vasija,
hasta hacer que este alcance
la densidad maleable
que su egoísmo quiera;
él es quien lo envejece
y él es quien lo renueva;
pues nadie más que él
es quien le ha puesto oscuras
manecillas al tiempo:
a ese tiempo en que él piensa
que suceden las cosas,
y es aquí donde empieza
a oscurecerse el mundo,
y es aquí donde es triste
de verdad hasta el llanto.
Pero afuera, en la noche,
más allá del humano
valor de los conceptos
temporales del hombre,
está el árbol eterno,
por siempre floreciendo;
está el árbol oculto
a la visión de este,
igual que una ciudad
detrás de una montaña;
ajeno a la alegría como
al dolor más hondo:
neutro para el destino
terrestre de la especie.



DEL POEMARIO
12 SONETOS Y UNA
CANCIÓN A LA ROSA

(1945-1947)



A LA SANGRE

Agua de soledad, agua sin ruido,
desatado cristal de pura fuente;
agua que va cayendo interiormente
en mi cielo más hondo y escondido.

¿Qué misterioso viento sumergido,
tu natural hechura de torrente
transfigura ideal y simplemente
en un rojo clavel enardecido?

Hay un íntimo dios que te construye
el mismo dios que lento de ti fluye
por los labios abiertos de la herida.

Vivo clavel humano que perdura
sujeto por la leve arquitectura
de la fugaz estatua de la vida.



HUMILDE MAYO

Mayo trajo la flor, la milagrosa
palabra vegetal que arrulla el viento.
Mayo pobló su propio firmamento
con la sola presencia de una rosa.

Yo la miré ascender tan jubilosa
a su pequeño, débil monumento,
que fue como si viera el nacimiento
de una terrestre aurora luminosa.

Era su viva lumbre madrugada
una encendida hoguera encarcelada
en el cielo cerrado de su esfera.

Única roja rosa amanecida.
Rosa de una estación empobrecida.
¡Solo con ella fue la primavera!



AMOR

«Quién a las llamas del amor no muere»

Es el amor en todas las edades
del ser que valeroso lo frecuente,
una oscura semilla que fermenta
en etapas de calma y tempestades.

Más dado a lo irreal que a realidades
del suelo material donde se asienta,
va como oveja dulce que apacienta
en prados de celestes claridades.

Arquitecto del cielo que idealiza:
arde desde la lava a la ceniza
de sus propios volcanes desatados.

Hasta que por el fuego que lo inflama,
es consumido por la misma llama,
«en soledad de dos acompañados».



◊ΤΡΟΣ ◊ΡΟΕΜΑΣ



CUANDO LA ROSA MUERE

Cuando la rosa muere
queda un hueco en el aire
que no lo llena nada:
ni el eco que sepulta
su desolado rostro
herido en otra arena;
ni la luz que va sola
en río transparente
hecho por serafines;
ni la sombra que es ala
de un pájaro de nieblas
nacido sobre el viento.
Cuando la rosa muere
deja un hueco en el aire
que no lo llena na die;
solo el llanto la anega
con sus blancas estatuas
de sal petrificada,
con sus astros caídos
y sus nubes viajeras;
solo el llanto lo anega
en estrellas pequeñas.

Cuando la rosa muere
deja un hueco en el aire,
una grieta sin fondo
donde la muerte enciende
sus lámparas oscuras.



LAS DOS ROSAS

La rosa del jardín;
 la simple rosa fácil para todos,
 al tallo del rosal crucificada;
 la que asomada, pública y desnuda
 al borde de la brisa vocifera
 como el mejor pregón de su perfume.
 La rosa muerta en su nacer más pronto:
 rosa mortal de vida transitoria,
 pequeño sol botánico encendido,
 cerrado nudo de color y aroma;
 la que, varada a orillas de sí misma,
 a orillas de sí misma se abandona
 hacia la fina levedad del aire.
 La rosa mariposa encadenada
 a su única forma llevadera;
 aquella vegetal rosa que sueña
 con un viajero corazón de alas.
 La distraída rosa sin memoria.
 La rosa que se olvida de la oscura
 proletaria raíz que la levanta;
 la que empieza a morir todos los días
 en su ataúd de pétalos atados,

con el solo contacto jubiloso
del ojo enamorado que la mira.
La rosa estatua de sí misma erguida
sobre su verde pedestal de hojas:
intacta forma, material, sin fuga.
La rosa, soledad desgarradora,
entre sus propios límites cautiva.
La rosa eso: nada más que rosa;
sola y externa, estricta y objetiva,
en la hueca presencia realizada.
La otra rosa también, la simulada:
fantasma corporal de otro fantasma;
rostro espectral donde el color tan solo
suscita otra mentira;
otra historia banal que se deshoja
en torno a la ilusión de los sentidos.
Ninguna de estas rosas de afuera es la rosa:
la íntima; la rosa recatada
en su existir más hondo y verdadero:
la que el ángel defiende con su espada.
La rosa oscura abstracta: la ambiciosa
sugestiva palabra que edifica
múltiples formas de su propio origen.
La rosa del poeta: fidedigna;
La que nace de sí para quebrarse
en diferentes orbes y cometas;
esa rosa, inasible en su existencia,
es la rosa leal, la permanente
la rosa fiel a su destino.
Cuando la rosa del rosal perece,
esta rosa de sangre resucita;
torna a buscar su eternidad de siempre
al labio conmovido que muriendo

la nombra por su nombre,
que dice «rosa» solo y aparece
un bello rostro inmaterial, herido;
una forma tan leve que en el viento
su cuerpo no fatiga:
Inespacial presencia de un objeto
de pura irrealidad que construimos
para goce y deleite solamente
de ese amoroso dios de soledades,
que clamando, por dentro, nos habita.



BIOGRAFÍA DE FRANKLIN MIESES BURGOS



Franklin Mises Burgos es uno de los más apreciados poetas dominicanos del siglo XX. Nació en Santo Domingo el 4 de diciembre de 1907 y falleció el 11 de diciembre de 1976.

Fue una figura destacada del importante movimiento literario La Poesía Sorprendida, junto a otros conocidos poetas como los dominicanos Mariano Lebrón Saviñón, Manuel Rueda, Freddy Gatón Arce, Aída Cartagena Portalatín, Antonio Fernández Spencer, Manuel Valerio, Manuel Llanes, Juan Manuel Glass Mejía y al chileno Alberto Baeza Flores.

Su residencia, situada en la calle Espaillat en la Ciudad Colonial de Santo Domingo, era reconocida internacionalmente como «La Casa de la Poesía Sorprendida», pues

fue el centro de muchas reuniones y debates literarios, de donde salían las iniciativas del movimiento.

Anteriormente, el poeta formó parte del grupo llamado La Cueva, a través del cual también se publicaba literatura de los escritores de la época.

En su infancia, Mises Burgos se enfermó de tétanos y pasó unos dos años en tratamiento. Debido a esta situación no pudo asistir a la escuela como los otros niños de la época. No obstante, fue autodidacta y aprendió a escribir siendo adolescente con 14 años. Creó sus primeros versos entre 1929 y 1936, apenas una década después de haber aprendido a escribir.

A Franklin Mises Burgos se le considera como uno de los mejores y más influyentes poetas del país y de América Latina.

Fue un poeta prolífico, que publicó las siguientes obras: *Torre de voces*, *Trópico íntimo*, *Propiedad del recuerdo*, *Clima de eternidad*, *12 sonetos y una canción a la rosa*, *Seis cantos para una sola muerte*, *El ángel destruido*, *Presencia de los días*, *El héroe* (poema teatral), y *Al oído de Dios*. Además, se han divulgado varias antologías del connotado autor.

Clima de eternidad y otros poemarios, de Franklin Mieses Burgos, de la colección «Clásicos Dominicanos. Serie III. Poesía», del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en noviembre de 2024, en los talleres gráficos de Editora Búho, con una tirada de 750 ejemplares.
Santo Domingo, República Dominicana.



COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS

Serie I. Narrativa

Cartas a Evelina

Francisco E. Moscoso Puello

Crónicas de Altocerro

Virgilio Díaz Grullón

Cuentos cimarrones

Sócrates Nolasco

El montero

Pedro Francisco Bonó

Enriquillo

Manuel de Jesús Galván

Guanuma

Federico García Godoy

La fantasma de Higüey

Francisco Javier Angulo Guridi

La sangre

Tulio Manuel Cestero

Over

Ramón Marrero Aristy

Trementina, clerén y bongó

Julio González Herrera

Serie II. Ensayos

Análisis de la Era de Trujillo

José R. Cordero Michel

El nacionalismo dominicano

Américo Lugo

Feminismo

Ercilia Pepín

Idea de Bien Patrio

Ulises Francisco Espaillat

Ideario feminista

Abigail Mejía

Imágenes del dominicano

Manuel Rueda

Invitación a la lectura

Camila Henríquez Ureña

**La República Dominicana,
una ficción**

Juan Isidro Jimenes Grullón

La utopía de América

Pedro Henríquez Ureña

Perfiles y relieves

Federico García Godoy

**Seis ensayos en busca
de nuestra expresión**

Pedro Henríquez Ureña



Otros títulos de esta Serie III:

Alma adentro

Carmen Natalia Martínez

Ascuas vivas

Delia Weber

Canciones de la tarde

Fabio Fiallo

Compadre Mon

Manuel del Cabral

Eva en extremaunción

Melba Marrero de Munné

Hay un país en el mundo

y otros poemas

Pedro Mir

El poema de la hija reintegrada

y otros versos

Domingo Moreno Jimenes

Poesías

Salomé Ureña

Una mujer está sola

y otras poesías

Aída Cartagena Portalatín



**Instituto Superior de
Formación Docente
Salomé Ureña**

Calle Caonabo esq. C/ Leonardo da Vinci
Urbanización Renacimiento
Sector Mirador Sur
Santo Domingo, República Dominicana.

T: (809) 482.3797

www.isfodosu.edu.do

   @isfodosurdo



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
SERIE III. POESÍA

ISBN: 978-9945-639-47-6



9 789945 639476